

aliquid, cum nihil sint. S. Aug. in Psalm. 121. ciéndoles creer que son alguna cosa, cuando nada son.

Qui de vanitate gloriantur, hæc non est gloria, sed vera miseria. Idem. in soliloq. Los que se glorian de ser vanos no disfrutan de ninguna gloria, antes bien padecen una verdadera miseria.

Inanis gloria est duleis spiritualium operum spoliatrix, jucundus animarum nostrarum hostis, blandissima bonorum nostrorum deprædatrix. S. Basil Const. Monial. cap. 10. La vanagloria es una halagüeña usurpadora de nuestros bienes espirituales, un enemigo agradable de nuestras almas, un ladron muy fino de todos nuestros méritos.

Sæpe bono operi dum laus humana obviat, mentem operantis immutat, quæ quamvis quæsitæ non fuerit, tamen oblata delectat. S. Gregor. in Moral. No pocas veces hacen cambiar nuestra intencion las alabanzas que hacen los hombres de nuestras buenas obras, cuyas alabanzas, por más que no sean buscadas, fácilmente deleitan siendo espontáneas.

Nemo vestrum velit laudari in vita ista, quia quidquid hic favoris captas, quod ad Deum non retuleris, ipsi furaris. S. Bern. serm. 13, in Cant. Ninguno de vosotros permita ser alabado en esta vida; porque toda la alabanza que recibirá sin referirla á Dios, se la roba.

VALOR; véase: FORTALEZA.

VANIDAD DE LAS COSAS DEL MUNDO; véase: MUNDO.

VANIDAD DE LAS GRANDEZAS; véase: GRANDEZA VERDADERA y HONOR.

VEJEZ; véase: ANCIANIDAD.

VENGANZA.

Non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum iræ.

No os vengueis vosotros mismos, querido mios, sino dad lugar á que se pase la ira.

(ROM. XII, 19.)

Nada interesa tanto á los fieles como el amarse mutuamente, disimulándose unos á otros las ofensas y perdonándose los agravios. La caridad es el alma de la vida cristiana; porque estando todos nosotros llenos de mil imperfecciones y defectos, siendo opuestas nuestras inclinaciones y encontrados nuestros intereses, viviríamos en una perpétua guerra, si no olvidásemos las ofensas que mutuamente nos hacemos. La sociedad actual se ve amenazada por los rencores que entre sí guardan los hombres: los ódios se perpetúan; las venganzas se ejercen en inmensa escala; y si Dios no lo remedia, el siglo ilustrado, el siglo culto, el siglo de las grandes asociaciones, el siglo que dice aspira á realizar la unidad, verá la sociedad convertida en un campo de batalla donde el prójimo acechará al prójimo, y el hermano al hermano, esperando el oportuno instante para sacrificarlo.

A tanto mal es preciso tratar de aplicarle un pronto remedio. El orador cristiano debe hoy levantar con frecuencia su enérgica voz contra la venganza, cuyos excesos son tan grandes que pueden considerarse como la deshonor y el oprobio de los cristianos. Su principal mision, como ministro de Aquel que en la cruz imploró para sus crucifixores la venia de su gran culpa, es la de trabajar para conseguir que los cristianos olviden las ofensas que mutuamente se inferen, y se disimulen unos á otros sus respectivas faltas. Voy pues á clamar hoy contra las venganzas. El Apóstol nos dice: «No os vengueis vosotros mismos, queridos mios, sino dad lugar á que se pase la ira;» pero algunos, léjos de esperar á que se calme la ira, desean vengar en el instante mismo la ofensa ó daño que creen se les ha inferido. No quieren esperar que se lo vengue el Señor, que es á quien toca hacerlo, ni á que se lo vengue la ley, que es la encargada de la justicia; meditan al punto planes de venganza, y los realizan, como si no

tuviésemos más ley por donde regir nos que nuestros injustos ódios ó vuestras bajas envidias. ¡Infelices! no reflexionan que para ellos no hay salvacion, no hay misericordia, no hay más que eternas penas; pues la venganza excluye irremediamente del reino de los cielos. Os lo demostraré claramente, y espero que no saldreis de este templo sin deponer vuestros rencores, apagar vuestras iras, renunciar para siempre á la venganza, y perdonar los agravios que se os hayan hecho. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Muy grandes son las deudas que todos tenemos con Dios. El nos ha dado la existencia y la vida, y nos conserva y enriquece con dones, así naturales como sobrenaturales, para que nada nos falte para llegar á nuestro último fin. Los beneficios que recibimos de la mano de Dios son diarios, continuos, perpétuos, inestimables, y, por lo tanto, las ofensas que hacemos á tan generoso bienhechor son inexcusables, y no podemos absolutamente expiarlas. Sin embargo, tras pasamos sus preceptos, y contraemos con él la deuda de una gran satisfaccion que hace necesaria el pecado cometido contra tan alta majestad; pero no bien nos humillamos, y resueltos á no ofenderle jamás, le pedimos que nos perdone nuestras deudas, cuando ya nos las perdona. Quiere, empero, que hagamos lo propio con los que nos han ofendido, y que nos compadezcamos de ellos como él se compadece de nosotros. ¿Qué hará pues con los corazones duros, insensibles y vengativos? Vosotros, les dirá, que ni quereis perdonar á vuestros semejantes sus deudas, ni les disimulais sus defectos, ni olvidais sus ofensas, ni borrais de vuestros corazones los agravios recibidos, ¿pretendeis alcanzar el perdon de vuestras deudas? Vosotros, mortales miserables, no quereis perdonar á vuestros hermanos, á vuestros iguales, las faltas que cometen, los agravios que os causan y las ofensas que os infieren, ¿y quereis que yo, que soy vuestro Dios y Criador, os perdone á vosotros, pobres gusanillos, las culpas que os constituyen deudores míos? Las faltas de vuestro prójimo son pequeñas, porque vosotros, contra quienes pecan, sois muy pequeños; pero, por el contrario, las ofensas que me habeis hecho son muy grandes, tienen una malicia en cierto modo infinita, porque habeis pecado contra mí, que soy infinitamente grande; y no queriendo vosotros perdonar una deuda pequeña ¿habria yo de perdonaros una deuda infinita? Os equivocais; de vuestra misericordia hácia vuestros deudores ú ofensores depende el que obtengais para siempre la mia. Si perdonais, os perdonaré; si disimulais al prójimo sus faltas, disimularé las vuestras; si olvidais sus ofensas, no haré de las vuestras

memoria; pero si aborreceis á los que os han inferido alguna injuria, tambien yo os aborreceré, y aunque por otra parte hagais esfuerzos ó practiqueis obras buenas para alcanzar la felicidad eterna, no la conseguireis, porque con vuestro odio y vuestro deseo de venganza os cerrareis á vosotros mismos la puerta de los cielos.

Tal vez creereis que estas son palabras que yo, por mi capricho, he pronunciado, dándoles un colorido de exageracion que se aviene muy mal con la idea que tenemos formada de la misericordia divina; pero fácil será desengañaros. Verdad es que todos los pecados nos cierran las puertas del cielo; pero no es ménos cierto que mientras con nuestros pecados dejamos intacto el derecho de Dios para juzgar, podemos esperar que, atendiendo á los méritos infinitos del Salvador y á la flaqueza de nuestra carne, se nos juzgue con misericordia. Ahora bien; en los demás pecados dejamos á Dios exclusivamente el derecho de juzgarnos y podemos, por consiguiente, esperar en el fondo de nuestro corazon una generosa clemencia: pero en la venganza, por el contrario, prevenimos el juicio de Dios, anticipamos la sentencia, nos juzgamos á nosotros mismos en el hecho de juzgar á nuestros hermanos; y como no somos nosotros los que á nosotros mismos hemos de dispensarnos la misericordia, resultará que no habrá misericordia para los vengativos. Dios quiere ser el vengador de los agravios que se nos hacen, dándonos gloria por las ofensas recibidas, y dando castigo al ofensor; pero como nos tiene dicho que seremos medidos con la misma medida que midamos nosotros, desde el momento que por nosotros mismos nos tomamos la venganza, nos constituimos en jueces, juzgando no solo á nuestro ofensor, sinó juzgándonos á nosotros mismos, sujetando las manos á Dios para que no use con nosotros de clemencia, y obligándole á tratarnos sin misericordia. Aún más; hasta le pedimos que nos castigue sin piedad. ¿Qué le pedimos en la más santa y sublime de las oraciones? Que nos perdone así como nosotros perdonamos á nuestros ofensores. Luego, tomándonos nosotros mismos la venganza, nuestra peticion se reduce á que Dios se vengue de nosotros sin piedad ni misericordia.

No digas: Yo me vengaré, nos amonesta el Espíritu Santo; no lo digas, sinó espera en el Señor, y él te libraré. *Ne dicas: reddam malum: expecta Dominum et liberabit te* (Prov. xx, 22). Tampoco digas: como mi prójimo me trató á mí, así le trataré yo á él: pagaré á cada uno segun sus obras. *Ne dicas: quomodo fecit mihi, sic faciam ei: reddam unicuique secundum opus suum* (Ibid. xxiv, 29). ¿Sabeis por qué el Señor trató con tanto rigor á los idumeos y filisteos? Escuchad lo que dice el profeta Ezequiel: « Por cuanto la Idumea ejerció siempre

su odio inveterado para vengarse de los hijos de Judá, y ha pecado desfogando sin medida sus deseos de vengarse; por tanto, esto dice el Señor: Yo descargaré mi mano sobre la Idumea, y exterminaré de ella hombres y bestias, y la dejaré hecha un desierto por el lado del mediodía; y los que se hallan en Dedan ó hácia el norte, serán pasados á cuchillo. Por cuanto los filisteos han tomado venganza, y lo han hecho con el mayor encono: por tanto, esto dice el Señor: Hé aquí que yo descargaré mi mano sobre los filisteos y tomaré de ellos una terrible venganza, castigándolos con furor (EZEQ. XXV, 12 ET SEQ.). Si queremos pues que Dios no nos trate con severidad, guardémonos de ser desapiadados con nuestros hermanos. Os rogamos, nos dice S. Pablo, que seais sufridos con todos. Procurad que ninguno vuelva á otro mal por mal; sinó tratad de hacer siempre bien unos á otros. *Rogamus vos... patientes estote ad omnes. Videte ne quis malum pro malo alicui reddat; sed semper quod bonum est sectamini in invicem* (I THESSAL. V, 14 ET 15). Sed todos compasivos, añade S. Pedro, amantes de los hermanos, misericordiosos: no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion; ántes al contrario, bienes ó bendiciones; porque á esto sois llamados, á fin de que poseais la herencia de la bendicion celestial (I PETR. III, 8).

2. Dichosos los corazones generosos que, olvidando las injurias, vuelven bien por mal y bendicion por maldicion, pues ellos alcanzarán una corona más preciosa que la que se ciñen los guerreros y conquistadores; porque, como dice el Espíritu Santo, mejor es el varon sufrido, que domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades (PROV. XVI, 32). Una de las más bellas y grandes figuras que se distinguen en la historia del mundo es la de José, hijo de Jacob; ¿y sabéis cómo llegó á la altura de tanta gloria? Es indudable le realzó mucho el haber resistido á una dama que, dejándose llevar de una pasion detestable, tuvo la flaqueza de cobrarle un afecto desordenado, que del corazon pasó á las palabras, de estas á las sollicitaciones, que degeneraron por fin en una violencia declarada. Tambien se adquirió parte de esta gloria interpretando los misteriosos sueños de Faraon, y con su sabiduría y prudencia libró el Egipto y sus comarcas de una tribulacion angustiosa. Pero su mayor gloria está en que léjos de tomar venganza de sus desapiadados hermanos, que devorados de envidia habian resuelto quitarle la vida, y por último le vendieron á unos mercaderes ismaelitas, excusó los muchos agravios que le habian hecho, procuró disipar la confusion de que su perfidia les llenaba, y los colmó de beneficios. José es más grande dando á sus hermanos las demostraciones más expresivas de ternura, pudiendo fá-

cilmente vengarse de ellos, que recorriendo las calles de la ciudad en régia carroza, y siendo aclamado salvador de Egipto.

David es tambien una magnífica figura entre los personajes del antiguo Testamento; pero la accion que más le enaltece, la que le atrae indeleble gloria, es el no haberse vengado de Saul, su terrible adversario. Persegúiale éste con tanto encono, que por perderle tenia en agitacion todo su reino. Podia David quitarle la vida en la cuéva de Engaddi, y los suyos se lo aconsejaban; pero se contentó con tomarle la orla del manto para poder probar que en su mano habia estado el quitarle la vida, y aún de haber hecho esto se arrepintió, y dijo á Saul: «Ya ves que el Señor te ha puesto en mis manos. Me asaltó el pensamiento de matarte; pero me he abstenido de hacerlo. Observa y reconoce si es la orla de tu manto la que tengo en la mano, y como al cortar el extremo de tu vestido no he querido extender mi mano contra tí. Considera ahora tú mismo, y persuádetes de que no soy culpable en nada, ni de injusticia, ni de pecado contra tí: tú, por el contrario, andas poniendo asechanzas á mi vida para quitármela. Juzgue el Señor entre los dos, y hágame justicia respecto de tí; pero yo jamás pondré la mano en tu persona. Sea juez el Señor; examine y juzgue mi causa, y me libre de tus manos (I REG. XXIV, 11 ET SEQ.).» Tan heróica fué esta accion, que el mismo Saul casi no se determinaba á crearla aunque la veia, y no pudo menos de decirle: «Más justo eres tú que yo; porque no me has hecho más que bienes, y yo te he pagado con males. Porque ¿quién es el que hallando á su enemigo desprevenido le deja ir por pacífico camino? El Señor te dé la recompensa por lo que hoy has hecho conmigo. Ahora comprendo que has de reinar en Israel (IBID, 18 ET SEQ.).» No basta; habiendo olvidado Saul la generosidad de David le persiguió otra vez con más furor. Estando cierta noche durmiendo en el desierto de Zif, David, alentado con el valor que Dios le infundió, penetró hasta la tienda de Saul, llevando solo en su compañía á Abisai; y vió que no solo Saul, sinó Abner, capitan de su guardia, y todos los demás oficiales dormian profundamente, como que no tenian que perseguir sinó á un enemigo, que léjos de intimidarles, debia estar amedrentado. Abisai representó á David, que el mismo Dios le ponía en las manos á su contrario, y que en un momento podia librarse de todos sus trabajos; pero David no solo rehusó poner las manos en Saul, sinó que ni absolutamente quiso permitir que Abisai lo hiciese. Contentóse con llevarse la lanza y la copa de Saul; y habiéndose alejado un poco, para evitar que en la tienda del rey, su enemigo, se verificase, por descuido de los que le custodiaban, alguna sorpresa, despertó á vo-

ces á Abner, le echó en rostro la negligencia con que custodiaba á su príncipe, y le dijo que aquel descuido le hacia digno de muerte. Preguntóle dónde estaba la lanza y la copa de Saul; éste despertó á las voces, y no pudo dejar de reconocer su culpa y necesidad. Entonces le dijo David: «Aquí está tu lanza; pase acá uno de tus criados, y llévela. Por lo demás, el Señor remunerará á cada cual conforme á su justicia y fidelidad. Así como tu vida ha sido hoy tan estimada á mis ojos, así lo sea también la mía á los ojos del Señor, y me libre él de cualquiera tribulación (Ibíd., xxvi, 22)» Aún fué mayor el heroísmo de David; cuando supo la muerte de Saul, la lloró de corazón, y condenó á muerte al amalecita que le dió la noticia de haber acabado de matar á aquel desgraciado monarca.

¡Qué confusión para los cristianos! Aún no habia padecido Jesucristo; aún no habia oído el mundo la sublime enseñanza que le dió desde la cruz, al pedir perdón por los que le habian crucificado; aún no se habia dicho: haced bien á los que os aborrecen y persiguen; y ya se daban tan sublimes ejemplos. ¡Y los cristianos no saben resolverse á perdonar los agravios! Por dó quiera no se ven más que venganzas; venganzas del rico contra el pobre; venganzas del pobre contra el rico; venganzas del hermano contra el hermano, y hasta de los padres contra los hijos. Hasta en las pequeñas aldeas, donde ántes se trasmitian con la sangre las más bellas virtudes que formaban el carácter de sus moradores, ha penetrado el fuego abrasador de las recíprocas venganzas. Al vecino que ha causado un daño á otro, se le hace un daño mayor; y cuando no se le hace, es porque no se puede. ¡Santo Dios! ¿Hemos de creer que están ya reprobadas nuestras ciudades, nuestros pueblos, nuestras familias? ¿Habrá ya caído sobre nosotros un anatema de condenación? ¿Hemos de pensar que, dejándonos entregados á nuestros ódios y rencores, nos teneis preparados los castigos que nos hagan expiar nuestra falta de caridad y de misericordia? Hermanos míos, mirad lo que haceis. Como midais, sereis medidos. Dios no ha de atenerse, en esta parte, más que al modo con que juzguemos á los demás, para juzgarnos á nosotros. Perdonemos pues á nuestros prójimos, como queremos que nos perdone á nosotros el Señor. No nos dejemos vencer por el mal, ántes bien procuremos vencer el mal por medio del bien. Si nuestro enemigo tiene hambre, démosle de comer; y si tiene sed, démosle de beber, que así le obligaremos á que nos ame, amándole nosotros; pero si á pesar de perdonarle, no nos amase tanto, peor para él, porque la venganza queda entonces á cuenta de Dios, que la tomará completamente. No permitamos nunca que se oculte el sol dejándonos con

algun resentimiento ó ira: *Sol non occidat super iracundiam vestram* (Eph. iv, 26). La víbora y el áspid no nos harian tanto daño si los llevásemos en nuestro pecho como el que nos haria la ira. Turbado el uso de la razón, no hay vicio, exceso, delito, ni crimen á que el hombre no esté muy inmediato; y la ira cubre con un velo la razón y la ahoga. No permitamos pues que se apodere de nuestro corazón; perdonemos á nuestros ofensores, y perdonémoslos de corazón como nos manda Jesucristo, para que su Padre celestial no nos entregue á los infernales verdugos que nos hagan expiar eternamente nuestra ira y nuestro rencor. De nada nos serviría el no habernos vengado, si en el corazón conservásemos la ira. Es preciso dejar de aborrecer, amar de veras, y estar dispuestos á hacer cualquier sacrificio por el bien de nuestros semejantes que nos han ofendido, y hacerlos efectivamente cuando sus necesidades espirituales ó corporales lo requieran. Si no lo hacemos así, no perdonamos de corazón, y por consiguiente no alcanzaremos el perdón de nuestros pecados.

¡Gran Dios! haced que todos los fieles comprendan, que vengándose de sus hermanos, demuestran carecer de grandeza de alma, tener un espíritu mezquino, y pensamientos muy pobres, y no ser, no diré cristianos, pero ni siquiera hombres. Que todos se persuadan de que con la venganza causan su perdición, y se cierran para siempre las puertas del cielo; no olviden que una vez fomentado el odio á nuestros enemigos, echa hondas raíces en el corazón, y es muy difícil olvidarlo ó abandonarlo; no salga nadie de este templo sin dejar aquí sepultado todo resentimiento y deseo de venganza, y que todos perdonen de corazón, sin límite ni reserva, para que todos alcancen el perdón de sus culpas. Dadnos, Dios mío, un corazón tierno y compasivo. Ablandadlos con vuestra gracia, para que reinen entre nosotros la paz y la caridad, que nos conduzcan á la gloria, que os deseo.

DIVISIONES.

VENGANZA.—La venganza de los hombres es una venganza que hay que despreciar.

La venganza de Dios en el tiempo es una venganza que hay que amar.

La venganza eterna es una venganza que hay que prevenir.

VENGANZA.—No hay un placer más brutal que el placer de la venganza.

No hay inquietud más importuna que la inquietud de la venganza.

No hay triunfo más imaginario que el triunfo de la venganza.

Pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres.

Véase: AMOR Á LOS ENEMIGOS y ODIO.

VERDAD.

Facta est veritas in oblivionem.

La verdad fué puesta en olvido,

(ISA. LIX, 15.)

La verdad es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre. Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazón, la raíz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males, y el remedio de todas nuestras penas. Ella sola es la seguridad de la buena conciencia, y el terror de la mala; la pena secreta del vicio, y la recompensa interior de la virtud; ella sola immortaliza á los que la han amado; ilustra las cadenas de los que padecen por ella; adquiere los honores públicos á las cenizas de los mártires y de sus defensores, y hace respetable el desprecio y pobreza de los que todo lo dejaron por seguirla. Finalmente, ella sola inspira pensamientos magníficos, forma hombres heroicos, almas de quienes no es digno el mundo, y sábios merecedores de este nombre: todos nuestros cuidados debieran, pues, limitarse á conocerla, nuestros talentos á manifestarla, nuestro celo á defenderla. No debiéramos buscar en los hombres más que la verdad, no querer agradarles sinó por la verdad, no estimar en ellos más que la verdad, y no permitir que ellos quisiesen agradarnos sinó por la verdad: en una palabra, parece que debiera bastar el que se nos manifestase para amarla, y enseñarnos á conocernos.

No obstante, son dignas de admiracion las diferentes impresiones que hace la verdad en los hombres cuando se les manifiesta: para unos es una luz que los alumbrá, que los liberta, y que manifestándoles su obligacion se la hace amable; para otros es una luz importu-

na y oscura, que los entristece y molesta; finalmente, para muchos es una nube espesa, que los irrita, que arma su furor y acaba de cegarlos. Manifiéstase á todos; pero, ¿cuántas son las almas obstinadas que la desprecian? ¿Cuántos los corazones flacos y tímidos que la disimulan? ¿Cuántos los corazones obstinados que la oprimen y persiguen? Recojamos estos tres caractéres que, nos instruirán en todas nuestras obligaciones para con la verdad: la verdad recibida; la verdad disimulada; la verdad perseguida. ¡Espíritu Santo, espíritu de verdad! aniquilad en nosotros el espíritu del mundo, este espíritu de error, de disimulo, de horror á la verdad; y hacednos dignos de amar la verdad, de manifestarla á los que la ignoran, y de sufrirlo todo por ella. A. M.

1. Verdad llamo á aquella regla eterna, á aquella luz interior, continuamente presente dentro de nosotros, que nos manifiesta en cada accion lo que se debe abrazar ó huir; que aclara nuestras dudas y juzga nuestros juicios; que nos aprueba ó condena interiormente, segun que nuestras costumbres se conforman ó contradicen á su luz. Esto supuesto, digo, que el primer uso que debemos hacer de la verdad es para nosotros mismos. Pocas almas hay por más sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran algunas veces para conocer la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican, y la indignidad de la vida que hacen. Pero, ¡oh! no se abren sus ojos á la luz sinó para volverse á cerrar inmediatamente; y todo el fruto que sacan de la verdad que se les manifiesta y los ilustra, consiste en añadir á la desgracia de haberla ignorado hasta entónces, el delito de haberla despues inútilmente conocido. Unos se contentan con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofia; otros, sin acabar de resolverse, desean, al parecer, el conocerla; pero no la buscan como se debe, porque en la realidad se enfadarian de haberla hallado; finalmente, algunos más dóciles se dejan vencer de su evidencia, pero espantados con las dificultades y violencias que les presenta, no la reciben con aquella alegría y agradecimiento que inspira cuando una vez se ha conocido.

¿Cuántas almas hay en el mundo fluctuantes en la fe, ó por mejor decir, arrastradas de sus pasiones, que tienen por dudosa la verdad que las condena! cuántas almas que fluctuando de este modo, ven claramente que el no creer nada es un partido aún más incomprensible para la razon que los mismos misterios que la asustan: sienten el gusano de la conciencia, que continuamente les reprende su desea-